la cerradura. Ñantás escribía siempre con la misma tranquilidad, revelando en la serenidad de su rostro la satisfacción y la paz que proporciona el trabajo, mientras un rayo de la lámpara hacía brillar el cañón del revolver puesto al alcance de su mano.

V

La casa inmediata al jardín del palacio era en la actualidad propiedad de Nantás, que la había comprado á su suegro. Por un justificado capricho, el joven banquero había prohibido alquilar aquella miserable bohardilla, en la cual, por espacio de dos meses, luchó á la desesperada contra los efectos de la indigencia, á su llegada á París.

Realizada ya su fortuna, Ñantás había sentido en varias ocasiones deseos vehementísimos de visitar su antigua vivienda. Y cuando algún obstáculo se oponía á su carrera, y cuando se encontraba en las más críticas situaciones de la vida, se encerraba por algunas horas en aquella destartalada habitación que le recordaba sus días de privaciones. Al tener ahora la idea del suicidio, decidió realizarlo en su antigua vivienda.

Eran ya las ocho de la mañana cuando Nantás terminó su trabajo. Despues de lavarse con agua fresca para calmar los efectos de la fatiga, llamó sucesivamente á gran número de empleados para darles las órdenes correspondientes. Cuando llegó su secretario, dióle instrucciones concretas para que llevase su proyecto de Presupuestos á las Tullerías, dando al Emperador las explicaciones necesarias. Después de esto, Ñantás creía haber cumplido su deber. Todo lo dejaba en orden, y no se diría que se mataba como un banquero en quiebra que se ha vuelto loco. En fin, le parecía que podía disponer libremente de su vida sin temor á que nadie le acusase de egoismo y de cobardía.

Dieron las nueve; Nantás, arreglado ya todo, se dispuso á consumar su obra. Al dirigirse á su despacho en busca del revolver, tuvo que sufrir una nueva amargura. La presencia de la señorita Chuin, que venía á recoger el precio de su mala acción, le recordó todo lo pasado. Le entregó los diez mil francos, y huyendo con repugnancia de las frases de consuelo que le dirigía la sirviente, y que le hubieran impulsado á realizar su muerte si por un momento hubiese dudado, subió á su antigua habitación, entrando tan precipitadamente, que no advirtió que dejaba la llave en la cerradura.

Nada había cambiado en la bohardilla. El papel ostentaba los mismos desgarrones; la misma cama, la misma silla y la mesa misma pregonaban la miseria de otros días. Nantás respiró con fuerza aquel

aire de indigencia que le recordaba lo pasado. Luego se apoyó en la ventana contemplando aquella parte de la ciudad de París; los árboles del palacio, el Sena, los muelles, todo el extremo de la orilla derecha y el conjunto de edificios que se confundían hasta perderse en las lejanías del cementerio del Padre Lachaise.

Nantás había dejado el revolver sobre la desvencijada mesa. Ahora no tenía ninguna prisa: estaba seguro de que nadie le molestaría y de que podría matarse á su gusto. Pensaba que se encontraba en la misma situación de otros tiempos, en el mismo sitio y con los mismos propósitos del suicidio. Un día se había encontrado en aquella estancia con los propios deseos de saltarse el cráneo; pero era entonces tan pobre que no tenía arma necesaria, y había pensado en estrellarse la cabeza contra las piedras de la calle. El resultado era el mismo: al fin la muerte.

Así, al término de la carrera, aquello era lo único sólido, lo único que no mentía, lo único verdad. La experiencia que había hecho de la vida conquistando una fortuna, le parecía una puerilidad. ¿De qué le había servido aquel derroche de energías gastadas en tantos años de lucha, si á la postre venía á comprender que la voluntad y la fuerza no son suficientes para conseguir todos los deseos? Su aspiración suprema era irrealizable. Flavia no podía amarle, y

aquel gran edificio á tanta costa levantado y formado, caía derribado como castillo de naipes abatido por el soplo de un niño. La vida tiene sarcásticas crueldades: los hombres superiores sucumben como los más inbéciles.

Nantás amartilló el revolver. En aquel momento supremo, pensó con dolor y por última vez en la fatalidad de su suerte. ¡Qué grandes cosas hubiese realizado, si Flavia le hubiese comprendido! El día en que se hubiera arrojado á su cuello pronunciando la anhelada frase «Yo te amo», Nantás hubiera poseído la palanca necesaria para levantar el mundo.

Y su último pensamiento fué de soberano desprecio hacia la fuerza, aquella fuerza que no había podido conquistar el amor de Flavia.

Levantó lentamente la mano en la que empuñaba el revolver. La mañana estaba hermosísima; por la abierta ventana, el sol, con su luz fecundante, arrojaba sobre la miserable hohardilla efluvios de juventud. A lo lejos se oía el rumor de la población, que comenzaba su labor diaria. Nantás apoyó el cañón del revolver sobre su frente.

Pero en aquel momento se abrió con violencia la puerta, y Flavia se abalanzó á su marido desviando rápidamente el cañón del revolver. Sonó una detonación y fué á incrustarse la bala en el techo de la bohardilla. Los dos se miraron un momento sin que

la emoción les permitiese pronunciar una palabra. Al fin Flavia, tuteando por vez primera á su marido, pronunció la única palabra que podía decidir de su vida:

—¡Te amo!—gritó, arrojándose á su cuello, entre sollozos arrancados por la pasión que dominaba á su orgullo.—¡Te amo, porque eres fuerte!

FIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY

Biblioteca rosa

OBRAS PUBLICADAS

1 *La comedianta*, por Paul de Molenes.
2 *Drama de amor*, por Federico Soulié.
3 *Las ánimas del purgatorio*, por Próspero Merimée.
4 *Pecados de la juventud*, por V. Perceval.
5 *Un drama sangriento*, por Luis Jacolliot.
6 *La justiciera de sí misma*, por Carlos Barbará.
7 *Teresita* (ilustrada), por Julio Ruiz Montero.
8 *El capitán Burle*, por Emilio Zola.
9 *Las sendas de Dios*, por B. Biornson.
10 *El monstruo*, por Carlos Bodin.
11 *Naida Micoulin*, por Emilio Zola.
12 *El sillón fatal*, por Pedro Newsky.
13 *Un crimen infame*, por Enrique Murger.
14 *Noche trágica*, por E. Daudet.
15 *Sidonio y Mederico*, por Emilio Zola.
16 *La piel de león*, por Carlos de Bernard.
17 *El amor de una muerta*, por Aureliano Scholl.
18 *La voluntad de una muerta*, por Emilio Zola.
19 *El fin de Lucía Pellegrin*, por Paul Alexis.
20 *Santiago Damour*, por Emilio Zola.
21 *La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.
22 *El secreto del cadalso*, por Villiers de L'Isle Adam.
23 *Sin trabajo*, por Emilio Zola.
24 *Los sufrimientos de un húsar* (ilustrada), por Paul de Molenes.
25 *El maestro de escuela*, por Federico Soulié.
26 *La inocencia de un presidiario*, por Carlos de Bernard.